

Desarrollo y necesidades en el siglo XXI (una lectura decrecentista)

Andoni Alonso Puelles¹

Recibido: 19-11-2021 / Aceptado: 8-02-2022 / Publicado: 25-1-2023

Resumen. El presente artículo trata de revisar las ideas de Ivan Illich en la cuestión del desarrollo. Como punto de partida se toma la publicación en 1992 de *The Dictionary of Development* de W. Sachs (2009) donde se reúnen diversas perspectivas críticas, entre las que se incluye las de Illich con su artículo “Needs”. El libro se ha convertido en un referente de los estudios contemporáneos sobre el decrecimiento. Se establece la dificultad para definir qué sea una necesidad desde el pensamiento clásico y se lo compara con las propuestas de Maslow y otros autores. Se define la situación de las necesidades en el mundo contemporáneo tras la caída del comunismo y las diferentes alternativas que se dan desde el decrecimiento y otras escuelas alternativas.

Palabras clave: desarrollo; necesidad; consumo; decrecentismo; crítica.

[en] *Development and Needs for the 21st Century (a De-Growing Approach)*

Abstract. This paper tries to review Ivan Illich’s ideas on development. The starting point will be publication in 1992 of *The Dictionary of Development* (Sachs, 2009), where a short piece by Illich, “Needs”, is included. The book has become a reference for present studies on degrowth. There is a difficulty to define what is a need from classical thinking and there is a comparison with Maslow and other authors. There is a different interpretation of “need” after the fall of communism and there are also different alternatives such as degrowth that should be taken into account.

Keywords: development; need; consumption; degrowth; criticism.

Cómo citar: Alonso Puelles, A. (2023). *Desarrollo y necesidades en el siglo XXI (una lectura decrecentista)*. *Las Torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política*, 12(1), 1-10. <https://dx.doi.org/10.5209/itdl.78857>

Introducción

En 1992 se publicó por primera vez el *Diccionario del Desarrollo*. Wolfgang Sachs fue el encargado de la edición y en él se convocaron dieciocho autores, renombrados expertos en los diversos aspectos de esta cuestión. El conjunto de los textos articula los problemas del desarrollo desde facetas muy diversas: desde las cuestiones históricas sobre cómo se gesta tal concepto a sus consecuencias políticas y económicas, pasando por el medio ambiente, las nociones de pobreza, necesidad o tecnología. De acuerdo con las mediciones de *Google Scholar*, el *Diccionario* ha sido citado unas cuatro mil veces, una cifra nada desdeñable para un libro especializado que, además, está fuera de las corrientes académicas de moda. Es cierto, por otra parte, que este texto ha tenido que convivir con millares de títulos más o menos similares sobre el desarrollo, el desarrollo sostenible, el eco-desarrollo, la economía “verde” o el decrecimiento (Scheidel y Schaffartzik 2019; Perkins, 2019). Esta gran abundancia de términos similares ya se indicaba en el inicio del texto; el término “desarrollo” se ha convertido en una “palabra ameba”, en el sentido que le da el lingüista Uwe Poerksen (1995), al igual que “innovación” o “emprendimiento” (Ufer y Godin, 2018). Palabras usuales del idioma que se convierten en conceptos cada vez más vacíos de significado porque abarcan cada vez más terreno. Su extensión juega en contra de su intensidad pero sirven igualmente para generar un orwelliano *newspeak* para la tecnocracia contemporánea.

En 2009 se hizo una segunda edición actualizada del libro. La situación respecto al concepto de desarrollo ha variado, tal como recuerda Sachs. Por ejemplo, si entre 1949 y 1990 se consideraba que eran los Estados los garantes del desarrollo, la globalización cambió las tornas del juego. El proceso de privatización y adelgazamiento del Estado,

¹ Catedrático de Filosofía, Universidad Carlos III de Madrid.

Correo electrónico: andoni.alonso@uc3m.es

ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-8654-2286>

Proyecto: “La mirada filosófica como mirada médica. Una contribución al ámbito de la salud mental”. IP: Josep Maria Esquirol (Universidad de Barcelona) Convocatoria: Proyectos I D 2017 MINECO

iniciado por Margaret Thatcher a finales de los 80 del siglo pasado, ha alcanzado pleno empuje desde entonces. Nuevos agentes económicos han tomado el papel de los Estados en muchos ámbitos distintos. También la llamada *clase media global*, el resultado más tangible del desarrollo, se ha convertido en transnacional. Desligada en gran medida de características regionales o culturales propias, su consumo se basa en marcas internacionales –índice de éxito y prosperidad para sus poseedores– que son exactamente iguales en cualquier parte del planeta. Coches, comida, ropa, aparatos electrónicos, se fabrican en países del sur, ensamblados en ocasiones en el norte y distribuidos desde allí a todo el globo. Todos estos cambios en la situación histórico-política llevó a una segunda parte con el título *Pluriverse A Post-Development Dictionary* (Rekhviashvili, 2019) y posteriormente a una síntesis en un artículo (Demaria y Kothari, 2017).

El entusiasmo por el desarrollismo estatal, que fracasa en la redistribución de la riqueza y en el cuidado por el medio ambiente, da paso a un sector privado supuestamente capaz de movilizar las fuerzas “productivas” individuales de forma más “eficiente”, aparentemente bajo el arbitrio de los mismos Estados. En otras palabras, los años 90 fueron la década para un esfuerzo de “re-desarrollo” en algunos países, esto es, desarrollar de nuevo lo que estaba *mal* desarrollado y esto incluía sectores que milagrosamente habían escapado de la anterior campaña (Esteve, 2006). Aparecen en el horizonte una bandada de jinetes apocalípticos, recuerda Illich: el cambio climático, la pérdida de la biodiversidad y de las culturas, la contaminación, el exceso de población, pandemias como la reciente de Covid19, la subida del nivel de los océanos, las migraciones por las sequías, etc.

Si existe un concepto clave para justificar el desarrollo es precisamente el de necesidad. Cubrir las necesidades esenciales es así el motivo para aceptar como buena y *moral* tal noción. Sachs argumenta que esa necesidad de llevar el desarrollo como evangelio se enfrenta a dos posiciones diferentes, aunque se vea solo como una cuestión de justicia. Sin embargo, se puede hablar de una justicia relativa y una justicia absoluta. La primera tiene su lugar natural en las comunidades o grupos humanos particulares, delimitados de alguna manera, en los cuales se reparte lo que pertenece a ese grupo en términos de equidad. Y la segunda, la que considera la necesidad como algo inalienable de cada individuo, independientemente de su lugar, comunidad o patria, en realidad un concepto abstracto o universal que, si se prefiere, se expresa en el ámbito de los derechos humanos entendidos, naturalmente, como universales. Sachs sostiene que, lejos de entender estos dos niveles en coexistencia pacífica, se produce una colisión entre las equidades relativas y la absoluta (Sachs, 2017). Buena expresión de esto es la aparición de una clase media internacional, que ha nacido dentro de la era del desarrollo y bienestar absolutos; para alcanzar sus fines se nutre de la primera, por ejemplo, cuando recoloniza tierras para el *agro-business*, homogeniza o estandariza culturas, convierte los bienes de subsistencia en “recursos”, en nombre de un bien general que a la larga alcanzará a todos. En definitiva, en nombre del desarrollo como derecho universal, se produce este saqueo de las comunidades particulares. En cualquier caso, es la necesidad la que justifica moralmente la propia idea de desarrollo.

En resumen, en este artículo se intentará mostrar cómo la noción de necesidad es un concepto clave donde pivota gran parte del pensamiento de Ivan Illich (2009, 2015). También se intentará mostrar cómo la evolución de su pensamiento mantiene intacto un núcleo de ideas y que las variaciones son menos importantes que este núcleo, que permanece intacto a lo largo de su vida, como se verá más adelante. En el *Diccionario*, Illich sintetiza en la entrada *needs* treinta años de pensamiento al respecto que servirá de guía para estructurar este artículo.

Necesidad: un concepto nada evidente

Se puede pensar que nada es más fácil, desde el punto de vista individual, que saber qué es una necesidad, porque esta se siente de forma insoslayable: tener hambre o sed, sin duda, no parece admitir una duda cartesiana al respecto. Pero, al tiempo, y a pesar de una abundante bibliografía generada al respecto, parece extraordinariamente difícil ofrecer un análisis objetivo y clarificador de qué sea la necesidad, y cuál su estatus o sus cualidades. Incluso se pone en discusión una posible clasificación de tales necesidades. El uso y el abuso de este término lo ha colocado también dentro de la lista de las “palabras ameba”, como se señalaba antes, junto a la de desarrollo (Poerksen, 1988, p. 33). De alguna manera y como se intentará mostrar más adelante, “necesidad” en el siglo XXI es la contraparte del “derecho”, en el sentido que se trata de esa justicia universal que indica Sachs: tener una necesidad habilita automáticamente para reclamar un derecho. Esta es también una idea de Illich: el transporte contemporáneo nace para un urbanismo que inhabilita al individuo para pasear libremente. Por tanto, se le otorga el “derecho” al transporte público o a un coche y una gasolina suficientemente baratas (Illich, 1977). Lo mismo ocurre con la salud o la enseñanza. Cuanto más básica sea acordada la necesidad, más universal será el derecho que reclama. Sin embargo, en esto se encuentra una cuestión que posteriormente habrá que analizar más pormenorizadamente: esa necesidad tiene que reconocerse no por el individuo que la sufre sino de forma institucional. Son entidades fuera del ámbito personal las que dictan cuál sea la *verdadera* necesidad frente a la *falsa*. Y, en este salto se producen, no cabe duda, conflictos.

Por tanto, no se trata de un término o concepto especializado y aquí podrían encontrarse las razones para entrever la dificultad de su análisis. La etimología en castellano nos proporciona una idea interesante al respecto: *nec-cessare*, es decir, aquello que no cesa, o, de otra manera, aquella urgencia que es imposible negar o soslayar². Encontrar su

² Para ver la etimología en inglés vid. <https://www.etymonline.com/word/need>

esencia significativa –vano intento– recuerda a la paradoja de San Agustín respecto al tiempo: si no se pregunta sobre él es fácil entenderlo pero cuando se trata de definirlo resulta imposible. Springborg (1981) también sostiene que, desde un punto de vista argumental, resulta un tanto paradójico hablar de necesidades falsas, igual que de placeres o deseos falsos. El sentido común dicta que o se tiene una necesidad o no se tiene y esto vale igualmente para los deseos y los placeres: no existe algo así como una necesidad ignorada o un deseo inadvertido. Pertencería a ese lado subjetivo de los “objetos mentales” que analiza pormenorizadamente Wittgenstein en sus *Investigaciones Filosóficas*: el estado de deseo o necesidad, se afirma, es un objeto interior que uno no puede negar que exista por mucho que solo el “poseedor” de tal objeto sea capaz de contemplarlo sin ninguna duda (Wittgenstein, 1998; Gakis, 2018). Pertenece a esos “estados de conciencia” u “objetos mentales” que su poseedor sabe y conoce sin lugar a dudas. Sin embargo, y siguiendo al filósofo vienés, es dudoso que ese “objeto de conciencia interno” aparezca desvinculado de los contextos y aprendizajes sociales que todos experimentamos; del mismo modo que “aprendemos a sentir dolor” podríamos aplicar lo mismo respecto a “sentir y definir las necesidades” y consecuentemente los deseos. Si el aprendizaje del dolor nos lleva a sustituir ciertas conductas por otras que aprendemos –los niños lloran cuando se golpean contra un objeto, los adultos, en general, juran o gritan, etc.–, lo mismo podría predicarse de las necesidades; estas se transforman según aprendemos y modificamos conductas.

Supóngase por tanto que las “necesidades” se entienden como un “juego del lenguaje” soportado por una forma de vida. Las diversas prácticas, acciones, reflexiones y conductas son las que nos deberían ofrecer una comprensión de tal término, necesariamente plural. Y el uso *gramaticalmente incorrecto*, nos permitiría asignar error o falsedad en la consideración de las necesidades. En realidad, lo que se postula en este paralelismo con Wittgenstein, podría aventurarse, es que las necesidades no pueden separarse de las culturas en las que se insertan y, esto es lo importante, en las que se articulan y *producen*. William Leiss (1988, 2019) ha intentado mostrar cómo es imposible separar necesidad de cultura; como mucho, analíticamente quizás, sea posible pero, en la realidad cotidiana, no se pueden desligar. El elemento simbólico difícilmente es separable del así llamado “hecho biológico” o de la “necesidad objetiva”. Los antropólogos, desde Malinowsky a Lévi-Strauss (Leiss, 2019), entre otros, han tratado de asomarse a esa diversidad cultural que recorre los diferentes pueblos y sociedades. Pero no solo la antropología sirve para entender esta diversidad sino también otras manifestaciones culturales como la literatura. Necesidades básicas como comer, beber o tener un refugio, pueden servir para entender esta íntima ligazón con lo simbólico. Por ejemplo, *Hambre* de Knut Hamsun (2004), una novela de amplia fama en su tiempo, trata de describir de forma literaria en qué consiste pasar hambre. La historia versa sobre un aprendiz de escritor emigrado a Cristianía y su sufrimiento físico y moral por no poder ganarse la vida y, consecuentemente, pasar hambre. Hamsun no se enfrenta al hambre como la cantidad de calorías y nutrientes necesarios para poder subsistir sino que coloca ante los ojos del lector al personaje, sus circunstancias, sus afecciones psicológicas, su postura moral, su lugar social y laboral, su relación con los otros... Todo ello tiene que ver con el hambre, y todo ello permea las acciones del protagonista. La novela es uno de los ejemplos más detallados del precariado del siglo XIX, un precariado inventado sobre todo por los artistas. Si se compara con otros precarios como los bohemios españoles de principio de siglo XX, la diferencia de actitud es notoria ante las penalidades y el hambre.

Por ejemplo, el poeta bohemio Pedro Luis de Gálvez (Gálvez y Esteban, 2018) no tiene empacho en aprovecharse de las amistades y de cualquiera que pueda convertirse en víctima de sus sablazos. Sin embargo, el personaje anónimo de Hamsun, protestante a carta cabal, considera inadmisibles pedir ayuda a los otros, aprovecharse de los errores de los demás o empeñar objetos míseros que le han sido prestados y que podrían aliviar momentáneamente su hambre. Desde el punto de vista del catolicismo finisecular, el hecho de pasar hambre suspende determinados preceptos morales como robar o apropiarse de lo ajeno para satisfacer esa necesidad básica. Por tanto, sí se puede decir así: hay una forma de vivir el hambre católica y otra protestante. Desde el Derecho Romano se justifica el “hurto famélico” condonado por la necesidad, cosa más difícilmente aceptable en la tradición legal anglosajona.

En H_2O , Illich (1993) muestra un ejemplo de reconstrucción histórica y cultural del agua. “Sustancia” necesaria para la supervivencia de los seres vivos, el agua es mucho más que la fórmula química que la describe. La tradición nos señala cómo el agua parte de todo un conjunto de metáforas –desde las aguas del Leteo a reducirla al “detergente del olor” (Illich, 1993)– que es imposible desligar de su característica como saciadora. Es imposible separar toda la esfera simbólica y cultural de su función para aliviar la necesidad de beber. El cobijo no es solo el resguardo de las inclemencias, es la forma como aparece la arquitectura y por ende la civilización, como propone Joseph Rykwert. Cuando importantes tratadistas como Rykwert (1975) o Bachelard (2012), sostienen cómo el espacio habitado es mucho más que el simple resguardo para huir del frío o del calor, no se trata de la pura función del edificio sino de un conjunto de hechos culturales de gran complejidad. Ciertamente el cobijo es necesario para evitar tanto el frío extremo como el calor nocivo y la posibilidad de descansar y recuperarse. Sin embargo, la necesidad biológica *per se* dice muy poco de la experiencia humana. Cuando se afirma, como Le Corbusier, que el hogar simplemente consiste en una *machine-à-habiter*, se pierden siglos de cultura y variedad a lo largo y ancho del mundo. Pero se puede expandir más allá la consideración a otras necesidades básicas de sentido común, como el aire. ¿Cuánto ha costado reconocer que respirar un aire mínimamente saludable forma parte de los derechos de cada uno? El aire *como recurso necesario* ha tomado parte, curiosamente, en los debates sobre si existe un derecho a respirar aire puro. El aire no parecería un recurso, tampoco un comunal, porque parece que se presenta abierto ante cualquiera, se trata de un bien de *libre acceso*. Pero su abuso, la descarga de elementos contaminantes de la industria y la automoción hace que sí

pueda apropiarse como recurso. Se ha llegado incluso a *vender* aire puro; exactamente a 80 libras por botella de 580 ml de aire de la campiña inglesa, por ejemplo, con destino a países como China, donde la contaminación amenaza seriamente la salud de sus habitantes.

Otra de las cuestiones que merece la pena señalar brevemente es si existe una jerarquización entre las diversas necesidades. Se han mencionado las básicas pero claramente existen otras de orden psíquico y social. La sensación de seguridad o la interrelación y el intercambio con otros suponen otro conjunto de necesidades que no pertenecen al orden biológico. Quizás el estudioso más conocido popularmente al respecto sea Abraham Maslow. Su texto inaugural *Una teoría sobre la motivación humana* en 1943 (Maslow, 1991) de apenas una treintena de páginas, se ha convertido en un clásico del estudio de las motivaciones que originan la necesidad. De forma sencilla y visual, se sitúan las diversas necesidades en una pirámide dividida en tres pisos. Como bien se conoce, la primera recoge las biológicas, la segunda las psicológicas y la tercera las sociales. El ascenso a la superior requiere haber satisfecho las primeras. Sin las fisiológicas, sostiene Maslow, difícilmente se puede lograr el bienestar individual y sin éste no se puede lograr la autorrealización y la consideración social. En apariencia, este planteamiento parece dictado por el sentido común y sin embargo existen principios que deberían analizarse. Lo que ha quedado, su célebre teoría de la pirámide de necesidades, está soportado por un conjunto de axiomas y principios altamente cuestionables. De nuevo, es una estratificación basada en un sentido común un tanto cuestionable (Leiss, 2019). Las necesidades biológicas se entienden como condición necesaria pero no como razón suficiente para la pervivencia del individuo. Sin embargo, es difícil establecer una diferencia entre todas ellas y la distinción vuelve a ser analítica. En el anterior ejemplo de Hamsun se percibe cómo el hambre es a la vez una cuestión moral y social. Todas ellas afectan no solo a la fisiología individual sino también, en contra de la postura de Maslow, se puede decir que no es posible hablar de “necesidades básicas puras” porque todas ellas están mediadas, desde su inicio, por los patrones sociales y culturales. Volviendo al ejemplo de Wittgenstein: ¿es posible separar el dolor de las pautas, patrones y comportamientos del dolor o más bien son éstos mismos el dolor? Lo mismo habría de afirmarse de las necesidades: la necesidad y la expresión de la necesidad son lo mismo.

Lo que la antropología ha investigado en los dos últimos siglos, y lo que la literatura y otras manifestaciones culturales han mostrado a lo largo de la historia, de alguna manera tiene su equivalente intra-cultural en una larga tradición filosófica que ha intentado explicar cómo se entienden las necesidades, cómo han de administrarse y finalmente qué tipo de ser humano es deseable lograr a partir de esa definición y de la administración de la necesidad. Tal como sostiene Springborg (1981), desde Platón (2000) a las teorías decrecentistas pasando por estoicos y epicúreos (Sharpless, 1996), se ha intentado formular una teoría de las necesidades que se combinan con una ética de la acción humana y la acción. Limitar el deseo se convierte, por ejemplo entre los estoicos, en un requerimiento insoslayable para la vida buena, entendida esa bondad tanto desde el punto de vista de la felicidad como del comportamiento moral. La sencillez del desear epicúreo toma el mismo cariz. Nociones como austeridad y frugalidad, cuando fueron enunciadas en su tiempo y no en la perversa acepción actual, implicaban por tanto un tipo de filosofía práctica. Es interesante anotar que la necesidad se entiende en este momento como una cuestión individual, es decir, qué tipo de vida elige llevar cada individuo. Sin embargo, desde el siglo XVII la necesidad se comienza a plantear como una cuestión *social*. Es a partir de Rousseau (1996) cuando comienza a deslizarse hacia el terreno de lo político y los socialistas, tanto los utópicos como los científicos, entrarán en el debate. También con el pensamiento de Marx aparece la noción de deseo como clave para *hominizar* la naturaleza. Empieza a construirse paulatinamente esa conexión entre necesidad, deseo y mercancía que transformará la forma de administrar las necesidades humanas. El propio término de “necesidades básicas” abre las puertas a un modelo del ser humano completamente distinto al de otras épocas de la humanidad y de otras culturas.

Conviene recordar también el decisivo cambio que supuso la filosofía de Francis Bacon en el siglo XVII. La naturaleza, tal como presenta el filósofo inglés, es el campo de batalla para que las necesidades puedan llegar a satisfacerse. Lo natural no solo no ayuda a los seres humanos, tal como podría sostener Epicuro, sino que es el terreno de lucha para salirse de ella y alcanzar plenamente todo lo que el ser humano pueda llegar a ser. Por tanto, lo natural se presenta como un límite que hay que transgredir. Esto inaugura una situación problemática que se extiende hasta hoy en día. Se pone en cuestión un equilibrio más o menos constante en la cultura occidental. Y precisamente el deseo y no la necesidad en sentido estricto, comienza a tomar preponderancia.

Las necesidades y el desarrollo

Las respuestas de la filosofía deberían servir al menos para mostrar una problematicidad de la noción de necesidad. Aparentemente se trata de una cuestión simple pero, examinada detenidamente, no es tal. Las respuestas múltiples mostrarían una tipología diferenciada de posibles respuestas. Más aún, no es posible encontrar una respuesta única por muy científica que sea la posición adoptada. Esto respondería a lo que Wittgenstein denominaría “formas de vida”. Intentar encontrar la “esencia” del hecho, de la palabra que designa tal hecho, resulta fútil. Esto no significa adoptar una postura relativista sino *pluralista*. Como en otros ámbitos, debería servir para, en palabras del filósofo vienés, intentar librarse del “embrujo del lenguaje”. Sin embargo, esto va directamente en contra de la actitud contemporánea. Se entiende que “necesidad” es un término que designa un objeto medible y limitable científicamente. De nuevo, se

trata de extender una noción de “necesidad biológica” a todo el conjunto de necesidades y, a partir de ahí, tratar de *traducir* o modular según este principio filosófico. Si esto fuera así, la pluralidad de culturas y experiencias humanas respecto a la necesidad deberían desaparecer en una única manera de entenderlas. Y, en este sentido, el desarrollo no sería más que una forma programática de aplicar este conocimiento científico en la práctica, esto es, convertirlo en una forma de operar técnicamente. Esta postura conlleva, además, una separación entre lo que realmente se necesita –sabido gracias a ese conocimiento científico– y lo que los individuos entienden que necesitan. Pueden existir discrepancias, claramente. Surge, entonces, la cuestión de si es posible hablar de “necesidades falsas”. Gran parte de las críticas contra el capitalismo se resumen precisamente en la convicción ampliamente extendida de que uno de sus recursos para expandirse consiste en crear deseos, o dicho de otra manera, el equivalente a crear “necesidades falsas”. En realidad, esta falsedad podría interpretarse de formas distintas. Por ejemplo, no se trataría de que sea falsa por equivocada sino que moral o socialmente no se puede sostener o no es recomendable.

Pero esto conduce de nuevo hacia un *ethos* que se transmite en un grupo determinado. También hay que señalar que esa falsedad puede deberse a su carácter dañino: pensar que cierta práctica u objeto sirve para satisfacer tal o cual necesidad, puede revelarse contrario a su propósito, por ejemplo, dañino para la salud. Reclamar el “derecho” a satisfacerlas es lo que puede ponerse en cuestión desde el punto de vista de la salud. Es interesante anotar, tal como señaló Illich, que la salud pasa de ser una necesidad genérica –estar sano depende de cubrir otras necesidades– a convertirse en una *responsabilidad*; es cosa del individuo administrar su salud correctamente. Por tanto, de forma inadvertida, la cuestión moral se filtra también en este modelo técnico de gestión de las necesidades. En palabras de Illich, olvidamos el *arte de sufrir* para dar lugar a un modelo nuevo de ser humano, el *homo miserabilis*, un ser constantemente acosado por necesidades, incapaz de satisfacerlas por sí mismo, el cual debe esperar a que sean otros –el Estado, las empresas o los expertos– no solo quienes las proporcionen sino quienes las definan.

Otra de las nociones importantes en juego es la de deseo. Podría decirse que esa falsedad de las necesidades se debe a confundirlas con los deseos. Estos no serían tan apremiantes como las necesidades, se pueden administrar. Para una primera diferenciación podría decirse que las necesidades “se satisfacen” mientras que los deseos cumplidos “proporcionan placer”, como diría Epicuro. Sin embargo no resulta tan sencillo establecer distinciones precisas en cualquier casuística que se quiera arbitrar. La satisfacción de una necesidad básica como el hambre puede causar también placer y el deseo puede “satisfacerse”. Illich introduce otra distinción ulterior respecto a la lógica de las necesidades –*expectativa* y *esperanza*– según el momento histórico que nos encontremos (Illich, 2009). La expectativa referiría a un mundo de necesidades empaquetadas y administradas, del mundo de los expertos y los *managers*, del mundo de la escasez y el desarrollo en el que vivimos, mientras que la esperanza correspondería al mundo de la subsistencia y de la proporcionalidad entre las necesidades y sus límites, pertenecientes a un mundo que ha desaparecido. La expectativa es el futuro cerrado, previsible, mientras que la esperanza corresponde a la apertura de aquello que vendrá que, por definición, no aparece definido. De acuerdo con Illich (2009), el mundo de la escasez practica la administración por medio de índices y estadísticas de una naturaleza abstracta universal.

Sin embargo, en el mundo de la subsistencia se aprende pronto un cierto “ars sufriendi” que trata de equilibrar el entorno con el ser humano: existen limitaciones sobre lo que podemos y lo que *debemos* desear.

A partir del siglo XX es cuando las disciplinas técnicas asumen paulatinamente un control y una definición del ser humano diferentes a las del pensamiento filosófico. Por su lado, la filosofía también comienza a abandonar este campo de reflexión porque la tecnificación y el *management* dejan poco lugar a tales reflexiones, por otra parte imprescindibles, si se quiere realmente definir qué sea una necesidad. Ahora es la psicología y otras ciencias sociales las que se encargan de resolver estas cuestiones. La cuantificación se convierte progresivamente en el modo de manejarlas. Es interesante notar cómo la última forma de resistencia respecto a la hegemonía tecnocrática se convierte precisamente en el desarrollo y crítica de las “falsas necesidades”. Durante la segunda mitad del siglo XX hay diversas posturas filosóficas que alertan del “efecto alienante” de la cultura consumista del siglo XX. Por ejemplo, en la segunda etapa de la Escuela de Frankfurt, Marcuse señalará cómo el capitalismo trata constantemente de transformar el deseo en necesidad. Como resultado se produce una *alienación* de la condición humana en la figura del consumidor. Son otras instancias, no la cultura, ni la reflexión filosófica, las que dictan la existencia de tales necesidades, apoyadas ahora por un arma casi invencible: la publicidad.

Sin embargo, se ha intentado desde siempre encontrar piezas de resistencia. Autores como Michael de Certeau (1996) comprobaron cómo tal alienación no es tan severa como podría esperarse y que existen estrategias en la vida cotidiana, por parte del consumidor, que le hacen ir más allá de ser un mero sujeto pasivo hasta llegar a ser, en ocasiones, un subversivo de lo que se espera de su papel. Es posible que esta ilusionante tesis de de Certeau ya no tenga vigencia y que la domesticación haya llegado más lejos de lo que él pensaba. En cualquier caso, el discurso contra el consumo, contra las “falsas necesidades” alienantes, ha ido reduciéndose paulatinamente (Marcuse, 1993). Con la aparición de las teorías del crecimiento económico sin límites, la atención dedicada a este tipo de tesis también ha ido perdiendo atención y se nos hace creer que esto solo interesa a grupos minoritarios y activistas cuando corrientes como el decrecimiento han tratado de dar una respuesta adecuada a tales problemas.

Cierto es, sin embargo que, como en otras disciplinas y áreas del saber, supuestamente las necesidades se convierten paulatinamente en vectores perfectamente medibles y asumibles, una toma de realidad tan evidente que nadie puede ponerla en cuestión. ¿Es dudoso si alguien se muere de hambre? ¿No es la falta de agua potable responsable de millones de muertes? El *management* político descansa en la economía, la psicología y la sociología para poder

construir una práctica estandarizada de funcionamiento social. Lo interesante, sin embargo, reside en que tras cualquiera de esas prácticas existe una teoría implícita u oculta que las sostiene y no se ponen en discusión. Una de ellas es la noción cibernética del individuo: el individuo es un sistema que obedece a estímulos externos y responde a ellos en busca de una homeostasis. Este sistema de necesidades generales se distribuye en subsistemas, según el modelo de Maslow, que han de servir como *input* a los superiores, hasta alcanzar el equilibrio en el conjunto del sistema. La teoría de sistemas, a la que pertenece de forma específica, delinea así un modelo de ser humano que se toma por bueno: este es básicamente un sistema que tiende a equilibrarse y la realidad fisiológica –es cierto que el organismo tiende a la homeostasis–, se traslada a lo psicológico y lo social. La influyente obra de Norbert Wiener (1981) en cibernética, comienza a convertirse en el marco explicativo general no solo para la informática sino para el medio ambiente –la noción de ecosistema–, para la sociedad –teorías funcionalistas–, para la política –el Estado cibernético propuesto por Varela y Maturana bajo el mandato de Allende (Medina, 2011)–, para el sistema inmune –que se establece como tal a finales de los años 40– y para casi cualquier faceta del entorno. La teoría general de sistemas elaborada por Von Bertalanffy (1993) en la década de los 40, se transforma así en la llave explicativa para cualquier realidad que pueda concebirse como limitada –sistema– y sujeta a otros sistemas más generales. Si se acepta la idea de sistema como forma explicativa máxima de las diversas facetas individuales, sociales, culturales y políticas, entonces el *management* basado en los datos –*inputs* y *outputs*– es la solución idónea para afrontar el problema de las necesidades. No obstante, este reduccionismo tiene obviamente sus peligros.

En realidad, la versión moderna de la necesidad se ha conformado, desde los años 50 a partir del ensayo *Propaganda* de Eduard Bernays como una nueva visión del individuo, el Estado, las empresas y la sociedad. Bernays (2005), sobrino de Freud, tomó a su manera las ideas expresadas por este en *El Malestar en la cultura* como guía para cambiar el planteamiento social (Freud, 2017). En resumen, Freud sostenía que la sociedad está compuesta de individuos prisioneros de sus pulsiones e incapaces de atender a razonamientos. Son las emociones y lo irracional, combustible de la propaganda y de la demagogia, aquello que domina realmente a esas masas que despreciaban también Ortega o Gabriel Tarde. Por tanto, era mejor alimentar esas emociones “primarias” a través del consumo y convertir los deseos en necesidades por ciertos bienes. Son las empresas las encargadas así de satisfacer a los individuos y el *marketing* o la publicidad las que conviertan tales deseos en necesidades. De alguna manera, Bernays “inventa” una necesidad nueva: la de la estabilidad u orden político. Para ello es preciso desarrollar una sociedad de consumidores que entiendan que sus necesidades solo pueden ser satisfechas por medio de lo que Leiss denomina un “mercado de alta intensidad”.

Justo después de la II Guerra Mundial se gestan una serie de ideas que configurarán paulatinamente el siglo XX de forma radical. Tal como señala Illich (2009), la aparición del término “desarrollo” como contraparte de “necesidad”, implicará el establecimiento de un modelo social con enormes implicaciones transformadoras. En 1949, en la inauguración del mandato de Harry Truman, se establece como marco de referencia la idea de “desarrollo” y, como agudamente manifiesta Gustavo Esteva (2006, pp. 325-329), de la noche a la mañana, los países pobres se convierten en “subdesarrollados”. Necesidad y desarrollo se coordinan de forma íntima por ello. Pero Truman dio un paso más: el desarrollo y la satisfacción de las necesidades es un requisito indispensable para poder sostener una verdadera democracia. Desde el punto de vista político, una intervención política decidida para ‘sacar’ a los países pobres de su situación se convierte en la forma más eficaz de luchar contra el comunismo, tendencia política que tradicionalmente ha abanderado la lucha por el bienestar obrero. John F. Kennedy compartirá con su rival, Nikita Krushev, la obligatoriedad de luchar por el desarrollo en un encuentro mantenido en 1963, como el *derecho* de la “población” a alcanzar niveles de desarrollo dignos. Así, la necesidad comienza a ligarse a la propia noción de derecho. Hay múltiples casos donde se puede contemplar tal movimiento; desde algunos artículos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (art. 26) hasta determinadas constituciones como la española. El derecho a un trabajo, una vivienda o a la autonomía personal aparecerían recogidas en este sentido. Hay quien sugiere incluso que la crítica a las leyes puede alcanzar más precisión si se contempla la *necesidad* que se conculca. Sin embargo, cuando se transita de las necesidades básicas a las sociales, la cuestión se vuelve más compleja.

Este pensamiento, abstracto como resulta, ha de concretarse en planes aplicados por medio de mediciones de datos y en intervenciones económicas concretas para que realmente tenga efecto en la sociedad. Y claramente se trata de exportar un modelo económico de producción, administración y distribución concretos, en este caso el mercado y la administración occidentales. Las peculiaridades sociales y culturales de los países subdesarrollados se declaran no solo erróneas sino contraproducentes. Los medidores, por mucho que se trate de concretarlos, son igualmente abstractos. Indicadores como el PIB no son capaces de medir si realmente el desarrollo económico se transforma en bienestar social y en 1973, el Secretario de Estado Robert McNamara lo afirmó de esta manera. Países extraordinariamente ricos están lejos de ser verdaderos paraísos para la mayoría de sus habitantes, pues las grandes fortunas se llevaban la mayor parte de la riqueza. En la actualidad, el eslogan de los años 2008-2012 de el 99% de la población en contra del 1% de los ricos que se ha visto en las movilizaciones del 15 M y los diversos fenómenos con la etiqueta *Occupy*, indican estas desigualdades obvias. Por tanto, la riqueza total de un país no se traduce directamente en un bienestar generalizado ni mucho menos en el reparto equitativo entre los miembros de la sociedad.

En esta primera oleada de lo que denominará como “evangelio del desarrollo”, Illich publicó en 1977 *Toward a History of Need*, posterior a *Deschooling Society* y *Medical Nemesis*, los libros que le dieron fama internacional. En la introducción, aparece un breve subcapítulo con el título “The History of Needs”, donde establece el siguiente

axioma: es en el siglo XX donde la necesidad se convierte directamente en mercancía. Consecuentemente, las necesidades-mercancías solo pueden entenderse dentro de un mercado que, sea libre o regulado, no importa. En él aparece un breve capítulo, “Tantalizing Needs”, el texto de una conferencia escrita para la Universidad de Edimburgo en 1974, auspiciada por la *Encyclopaedia Britannica* y que luego empleará en *Toward a History of Needs* (Illich, 1977). La vieja noción griega de Némesis explica la clave de un progreso sin proporción que termina degenerando en *iatro-génesis*, tanto médica como de educación, de *agro-business*, transporte, energía. No es casual tampoco que este capítulo venga precedido por uno dedicado al desarrollo: “Outwitting Developed Nations”. Finalmente, en 1992, en el *Diccionario del Desarrollo*, contribuirá con la entrada “Needs”, una síntesis de su pensamiento anterior al respecto.

Ivan Illich proponía la necesidad de escribir un epílogo para la sociedad industrializada que estaba siendo eclipsada por una sociedad de servicios. Avisaba cómo ese proceso de *desarrollo industrial*, previo a la sociedad de servicios, ya suponía un empobrecimiento de la condición humana aún evitable en los países ya etiquetados como *subdesarrollados*. Este tiempo ha supuesto un cambio radical en muchas cosas. Las predicciones de entonces, el progreso para todo el mundo, para cada habitante del planeta, pronosticado como un viaje lento pero seguro, no se han cumplido. La esperanza de un control cibernético de las necesidades se ha ido desvaneciendo paulatinamente o ha adoptado otras formas que conviene examinar. Según Illich, el primer efecto del evangelio del desarrollo ha consistido en transformar al ser humano en un “ser necesitado”. Contemplado desde esta perspectiva cibernética, el individuo no es otra cosa que un sujeto al que se ha de proveer de “paquetes” estandarizados de procedimientos y servicios respecto a las necesidades. Eso tiene que ver con la educación, la sanidad, el transporte, la vivienda etc. Cuanto más compartimentado está por esas necesidades administradas burocráticamente, menos capaz es de darse cuenta de sus capacidades y su fuerza para poder enfrentarse al mundo. Esas necesidades se han convertido tan solo en índices estadísticos que supuestamente deberían reflejar como en un espejo la realidad de sus necesidades. Implica, al tiempo, el control del *necesitado* –perverso eufemismo desarrollista del pobre o miserable– por parte de las instituciones. En este momento de los años 70, con el desarrollo del Estado del bienestar tanto en los países comunistas como en los capitalistas, es una burocracia la que dicta, *sensu strictu*, el catálogo de necesidades. Es decir, la larga y penosa investigación filosófica sobre qué necesita un ser humano, cómo el hecho de manejar las necesidades nos convierten en un tipo u otro de ser, pasan al olvido.

En cambio, el evangelio del desarrollo toma su lugar y son visibles los desastres realizados en su nombre. Cuanto mayor es la escala del proyecto más fácilmente se corre el riesgo de provocar una catástrofe ambiental, cultural o política. Décadas de “inversiones” en África no ha supuesto una mejora sustancial de las condiciones reales de vida de sus habitantes y reflejo de ello son las constantes olas migratorias. Países que optaron por un desarrollo muy similar de la administración de las necesidades como el comunista también han sufrido retrocesos en los llamados “estándares de vida”. El problema medioambiental, el agotamiento de materias primas o el cambio climático parecen estar relacionados directamente con esta idea acrítica de desarrollo. Sin embargo, y durante muchos años, se ha sostenido contra viento y marea el desarrollo como mantra para poder acabar con las necesidades insatisfechas y que los países más pobres alcancen el nivel de los más desarrollados. En estas clasificaciones se han introducido cambios lingüísticos significativos como “primer”, “segundo” y “tercer mundo”, “países en vías de desarrollo” y similares. De nuevo la inestabilidad terminológica señala la incapacidad de concretar un ideal de clasificación y definición de lo que realmente ocurre a través de los medidores. Tal es así que se necesitan constantemente propagandistas que nos aseguren y convenzan de que quizás el viaje sea más largo pero que, cualquiera que vuelva la vista hacia atrás, comprobará el largo trecho que se ha recorrido en estas tres últimas décadas. Por ejemplo, la antigua división de la economía en dos modelos –capitalista y comunista– ha desaparecido. Las guerras y los conflictos ya no son tanto globales sino, cada vez, más locales. El PIB mundial ha mostrado un crecimiento sostenido a lo largo de estas tres décadas y las así llamadas desigualdades se han reducido, aunque probablemente no todo el mundo estará de acuerdo.

Las necesidades en la actualidad

En el momento neo-liberal en el que nos encontramos, es claro que el Estado ha ido perdiendo paulatinamente su capacidad de gestionar un Estado de bienestar tal como temía Leiss (2019). Las necesidades ya son cada vez menos tarea de los Estados satisfacer y son las empresas y ONG las que han tomado ese papel (bien entendido que financiadas a menudo por los propios Estados que así se reconocen incapaces de esta tarea). Quizás como contestación o resistencia, en los años 80, con la aparición del thatcherismo, coincidió con la aparición de un nutrido grupo de artículos y libros dedicados a las necesidades desde el punto de vista filosófico. Pero tras ese momento, hubo cierto lapso de olvido que ha ido variando paulatinamente con el nuevo siglo.

Como resultado, y tras décadas de esta comprensión del individuo, se ha llegado a poner en duda la propia noción de sociedad occidental y se piensa que lo que existe es más bien la agrupación de individuos con necesidades diferentes y con objetivos vitales también distintos aparentemente. Esto ocurre hasta que las crisis cíclicas exigen inmediatamente la intervención del Estado pues las multinacionales no son capaces de resolverlas. La confusión entre deseo y necesidad se ha establecido de tal manera que resulta casi imposible establecer diferencias sustanciales. En una sociedad de la opulencia como la occidental, hablar de necesidades básicas se convierte en una cuestión muy secundaria. Las necesidades se engloban más bien en lo que los expertos en mercadotecnia y publicidad denominan

como “estilos de vida”. No es un descubrimiento sostener que, en realidad, lo que se vende y se comercia no son objetos, servicios o productos para satisfacer necesidades concretas sino para afirmar esos distintos estilos de vida que garantizan, por otra parte, la individualidad supuestamente irreductible de cada cual. Se defiende que la necesidad ya no pertenece a un ámbito general, a una suerte de necesidades humanas. Como consecuencia, las necesidades han de predicarse de individuos concretos. A cada uno de ellos es obligatorio adjudicar determinadas necesidades que garanticen precisamente ser este individuo concreto y no otro cualquiera. Las tesis de Maslow, tal como se ha señalado anteriormente, desembocan en la consecución de determinados valores que satisfacen a cada cual y solo a cada uno, en particular por medio del consumo de bienes. Esto referiría al segundo nivel de la famosa pirámide y, en cierto modo, la cúspide –la aceptación y el reconocimiento social–, es menos importante que ese piso central.

El consumidor, ahora con sus incuestionables necesidades específicas, se convierte en el centro de la ecuación. Incluso la política también se ha convertido, desde la época del thatcherismo y el reaganismo, en una cuestión de preferencias del consumidor que garanticen la defensa de sus derechos de necesidades supuestamente únicas. La idea de que las relaciones humanas son básicamente, en prácticamente todas las esferas sociales, las de cliente/proveedor –desde la educación a la asistencia social pasando por la política o cualquier servicio público–, establece un tipo de tejido social enormemente tenue. Para empezar, tales relaciones se desarrollan como una interrelación entre los derechos del cliente o consumidor y los del supuesto proveedor. El entusiasmo con que se ha establecido esta simplificación de las relaciones no evita, por otra parte, los constantes desajustes y tampoco garantiza un funcionamiento más eficiente.

Sin duda, la preocupación ecológica es uno de los impulsos más importantes para elaborar, de nuevo, la noción de necesidad a la luz de las condiciones históricas presentes. La racionalidad de la argumentación podría describirse de forma relativamente sencilla. Para cubrir las necesidades humanas es necesario *administrar* el medio ambiente: de él se toman los materiales y en él se abandonan los residuos del consumo. Si ese medio ambiente, pasados ciertos límites, se degrada, entonces se pone en peligro no solo este mismo sino la propia supervivencia de la especie humana. Cuando aparece por primera vez la certeza global de la catástrofe ecológica al menos debería producirse una sacudida en una conciencia que se dice también global. Teorías como el cambio climático, la era del Antropoceno o la destrucción masiva de la diversidad de especies, reformulan esta ya antigua teoría de los límites del crecimiento. Sin embargo, no se ha hecho nada en serio para poner en cuestión las teorías económicas estándares –excepto algunos autores heterodoxos como Rifkin (2014)– que van precisamente en dirección contraria: la *necesidad* de cubrir las *necesidades* cada vez más específicas y personificadas de cada uno de los individuos. Es interesante que ahora, en actividades como la educación o los servicios sociales, ya no existen estudiantes o usuarios sino “clientes”. La fraseología del consumo se extiende a más y más facetas de la actividad social. Las alternativas que se han planteado, como nuevas formas de economía, una colaboración activa del consumidor, etc., no han sido capaces de formar un frente compacto contra una economía estándar que apuesta por el crecimiento ilimitado o más bien por una huida hacia adelante ante un problema que parece que nadie puede solucionar. El *laissez-faire* sigue siendo la norma y dogma para la política dominante a lo largo y ancho del globo.

Sin embargo sí han aparecido voces que señalan la necesidad de volver de nuevo a una comprensión proporcional de las necesidades y el consumo. En realidad, la idea de una sociedad autolimitada en su consumo y necesidad tiene una larga tradición. Cabe destacar, por ejemplo, las propuestas de John Stuart Mill de una “sociedad conservadora” (*conserver society*) que ponga límites a la producción (Leiss, 2019). Claramente, Illich es el inspirador del movimiento decrecentista de Serge Latouche (2008; 2018) y esta corriente quizás sea la que tenga mayor fundamentación teórica y una comprensibilidad más directa. En resumen, la teoría decrecentista mantiene que es necesario reducir el consumo, repartir de nuevo los excedentes astronómicos y volver a un modelo más frugal de vida. Esto ya no es solo porque psicológica y sociológicamente convierta en una vida más vivible, más *convivencial* si se quiere en términos illicheanos; es la respuesta más razonable ante lo que se ve como una catástrofe ecológica más o menos cercana. Medidas como el reparto del trabajo y la imposición de una renta básica universal son formas de acercarse, por ejemplo, a una moderación de la tendencia consumista de nuestra sociedad. Esta moderación debería servir para aliviar la presión en el medio ambiente y reorientar las relaciones entre los individuos. En cierto sentido, tanto el reparto del trabajo como la renta básica universal implicarían también la recuperación de una fuerte solidaridad entre los individuos, trazar una realidad social más allá del aislamiento, en pos de recuperar cierta idea de comunidad.

En realidad, la lección decrecentista tiene una larga tradición filosófica que parece haberse olvidado y que recupera la noción de frugalidad, una forma de entender la condición humana que se ha transmitido a lo largo de casi dos milenios en nuestra tradición filosófica. Frente a la austeridad, impuesta desde fuera, la frugalidad es un resultado desde el interior, desde la posición moral de una vida simple, de la búsqueda de la sabiduría vital (Westacott, 2016). Desde los estoicos hasta hoy, la frugalidad se ha considerado una virtud tanto moral como epistémica –ser frugal es la mejor manera de relacionarse con uno mismo –el tiempo y no las cosas son lo que importan–, con los otros –elimina la competitividad y la lucha por los bienes– y con el mundo –se adecúa a un escenario de bienes limitados–. Se ha considerado una clave para tratar tanto las necesidades como los deseos. Una versión degradada de esta frugalidad la encontramos en los consejos para ahorrar dinero, ser más rico y emplear el tiempo y el esfuerzo en conseguir de manera más efectiva lo que deseamos. También aparece mal entendida en la moda anglosajona de lo *lento* (*slow*), como la ‘comida lenta’ (*slow food*), la renuncia a trabajos exigentes (*downgrading*), el conocimiento lento (*slow science*) y similares. No se trata de encontrar recetas ni elaborar libros de autoayuda porque se basan en una moda,

para responder a una urgencia momentánea. Consecuentemente, en la *realpolitik*, en el día a día de la vida social y económica, nadie puede proponer seriamente tal frugalidad como objetivo para una sociedad más equilibrada y para una vida más sencilla y sensata.

Si acaso, se habla de *austeridad* impuesta desde arriba cuando las cosas vienen mal dadas. La austeridad se combina de forma hipócrita en la actualidad como correctivo para quienes viven “por encima de sus posibilidades” y como un momento puntual –aunque ya se está alargando por lustros– para corregir los excesos anteriores y esperar a los siguientes. En el caso decrecentista, se recupera esta idea, igualmente en determinadas posiciones ecologistas. Pero las diversas culturas, las etapas de la historia y los diferentes planteamientos filosóficos han ofrecido un camino milenarista para entender y manejar las necesidades y los deseos que hoy en día es necesario recordar y recuperar como opción vital.

Referencias

- Bachelard, Gaston (2012). *La poética del espacio* (Ernestina de Champourcin, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Bernays, Edward Louis (2005). *Propaganda*. IG Publishing.
- De Certeau, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano: artes de hacer I*. Vol. 1. (Alejandro Pescador, Trad.). Universidad Iberoamericana.
- Demaria, Federico y Kothari, Ashish (2017). The Post-Development Dictionary agenda: paths to the pluriverse [La agenda del Diccionario del Post-Desarrollo: caminos hacia el pluriverso]. *Third World Quarterly*, 38(12), 2588-2599. <https://doi.org/10.1080/01436597.2017.1350821>
- Esteve, Gustavo (2006). Desarrollo. *LV KG, Die Kommende Demokratie*, 325-329.
- Freud, Sigmund (2017). *El malestar en la cultura* (Alfredo Brotons Muñoz, Trad.). Akal.
- Gakis, Dimitris (2018). The Political Import of Wittgenstein’s Philosophical Investigations [La importancia política de las investigaciones filosóficas de Wittgenstein]. *Philosophy & Social Criticism*, 44(3), 229-252. <https://doi.org/10.1177/0191453717752769>
- Gálvez, Pedro Luis y Esteban, José (2018). *El sable: arte y modos de sablear*. Renacimiento.
- Hamsun, Knut (2004). *Hambre* (Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, Trads.). Ediciones de la Torre.
- Illich, Ivan (1977). *Toward a history of needs* [Hacia una historia de las necesidades]. Pantheon Books.
- Illich, Ivan (1993). *H2O y las aguas del olvido: reflexiones sobre la historicidad de la “materia”, aquello de lo que las cosas están hechas*. Joaquín Mortiz/Planeta.
- Illich, Iván (2008/2015). *Obras reunidas/Collected Works* (Vol. I y II) (Javier Sicilia, Mariano Xavier Sánchez Ventura y Blanco, Patricia Gutiérrez-Otero, José María Sbert, Trads.). Fondo de Cultura Económica.
- Illich, Iván (2009) Needs [Necesidades]. En Sachs, Wolfgang (Ed.). (1992) *The Development dictionary: A guide to knowledge as power*. Orient Blackswan.
- Latouche, Serge (2008). *La apuesta por el decrecimiento: ¿cómo salir del imaginario dominante?* (Patricia Astorga, Trad.). Icaria.
- Latouche, Serge (2018). The path to degrowth for a sustainable society [El camino del decrecimiento para una sociedad sostenible]. En *Factor X* (pp. 277-284). Springer, Cham. https://doi.org/10.1007/978-3-319-50079-9_17
- Leiss, William (1988). *Limits to Satisfaction: an essay on the problem of needs and commodities* [Los límites de la satisfacción: un ensayo sobre el problema de las necesidades y las mercancías]. McGill-Queen’s-MQUP.
- Leiss, William (2019). Marx and Macpherson: Needs, Utilities, and Self-development [Marx y Macpherson: necesidades, utilidades y autodesarrollo]. En *Powers, Possessions and Freedom* (pp. 119-138). University of Toronto. <https://doi.org/10.3138/9781487589417-010>
- McNamara, Robert (1973). *Cien países, dos mil millones de seres: la dimensión del desarrollo*. Tecnos.
- Marcuse, Herbert (1993). *El hombre unidimensional* (Antonio Elorza, Trad.). Planeta-Agostini.
- Maslow, Abraham (1991). *Motivación y personalidad* (Caridad Clemente, Trad.). Díaz de Santos.
- Medina, Eduardo (2011). *Cybernetic revolutionaries: technology and politics in Allende’s Chile* [Revolucionarios cibernéticos: tecnología y política en el Chile de Allende]. Mit. <https://doi.org/10.7551/mitpress/8417.001.0001>
- Platón (2000). Filebo (María Ángeles Durán y Francisco Lisi, Trads.). En *Diálogos*, VI (pp. 7-122). Gredos.
- Perkins, Patricia Ellie (2019). Climate justice, commons, and degrowth [Justicia climática, bienes comunes y decrecimiento]. *Ecological economics*, 160, 183-190. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2019.02.005>
- Rekhviashvili, Lela (2019). *Pluriverse: a post-development dictionary* [Pluriverso: un diccionario posdesarrollo]. Tullika Books.
- Rifkin, Jeremy (2014). *The zero marginal cost society: The internet of things, the collaborative commons, and the eclipse of capitalism* [La sociedad de coste marginal cero: Internet de las cosas, los comunes colaborativos y el eclipse del capitalismo]. St. Martin’s.
- Rousseau, Jean-Jacques (1996). *El Contrato Social o Principios de Derecho Político* (Daniel Moreno, Trad.). Porrúa.
- Rykwert, Joseph (1975). *La casa de Adán y Eva en el paraíso* (Justo G. Beramendi, Trad.). Gustavo Gili.
- Sachs, Wolfgang (Ed.). (2009). *The Development dictionary: A guide to knowledge as power* [El diccionario del desarrollo: una guía para el conocimiento como poder]. Orient Blackswan.
- Sachs, Wolfgang (2017). Ecology, justice, and the end of development [Ecología, justicia y el fin del desarrollo]. En *Environmental Justice* (pp. 19-36). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781351311687-2>
- Scheidel, Armin y Schaffartzik, Anke (2019). A socio-metabolic perspective on environmental justice and degrowth movements [Una perspectiva sociometabólica sobre la justicia ambiental y los movimientos de decrecimiento]. *Ecological economics*, 161, 330-333. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2019.02.023>
- Sharpless, Robert William (1996). *Stoics, Epicureans and Sceptics: An Introduction to Hellenistic Philosophy*. Routledge.

- Springborg, Patricia (1981). *The Problem of Human Needs and the Critique of Civilization* [El problema de las necesidades humanas y la crítica de la civilización]. Unwin Hyman.
- Ufer, Ulrich y Godin, Benoît (2018). The history and politics of innovation: Interview with Godin Benoît. *TATuP-Zeitschrift für Technikfolgenabschätzung in Theorie und Praxis*, 27(1), 60-63. <https://doi.org/10.14512/tatup.27.1.60>
- Von Bertalanffy, Ludwig (1993). *Teoría general de los sistemas* (Juan Almela, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Westacott, Emry (2016). *The Wisdom of Frugality, Why Less Is More, More or Less* [La sabiduría de la frugalidad, por qué menos es más, más o menos]. Princeton University. <https://doi.org/10.2307/j.ctt1wf4dhv>
- Wiener, Norbert (1981). *Cibernética y sociedad*. (José Novo Cerro, Trad.). Editorial Sudamericana.
- Wittgenstein, Ludwig (1998). *Investigaciones filosóficas* (Alfonso García Suárez y Carlos Ulises Moulines, Trads.). Crítica.